

# CARLOS, EL PRÍNCIPE HUMANISTA

**Santiago ELSO TORRALBA**

santielso2@yahoo.es

**F**ue un personaje fascinante, sin duda. Y no solo para los historiadores. Su aureola de héroe romántico ha inspirado a no pocos artistas a lo largo del tiempo. En el óleo de José Moreno Carbonero que se encuentra en el Museo del Prado, lo vemos ensimismado en su biblioteca. Y, en el mismo museo, podemos contemplar uno de sus arrestos en un cuadro de Emilio Sala Francés. En el Museo de Bellas Artes de Córdoba, frente a la magnífica pintura de Tomás Muñoz Lucena, resultará difícil no sentirse conmovido al contemplar al joven príncipe encarcelado. De Vicente Poveda y Juan es el lienzo con el que podremos asistir a sus exequias. Por otro lado, son tantos que no es posible nombrar a todos los poetas, novelistas o dramaturgos que han escrito sobre la desdichada vida de este personaje. Este príncipe navarro, escasamente diestro para las intrigas palaciegas, indeciso (incluso débil, según algunos) para el ejercicio de la política, famoso por su adversa fortuna, por su repetidos encarcelamientos, arrollado por la impetuosa y apabullante personalidad de su padre, atrapado en el difícil dilema de respetar la última voluntad de su madre, y, al mismo tiempo, de reclamar sus derechos sucesorios al trono, fue, sobre todo, un hombre sensible, culto, amante del conocimiento y del arte. Carlos es conocido por la tragedia que le tocó en suerte vivir, pero también por haber sido uno de los hombres más letrados de su época, un humanista.

El Humanismo fue un movimiento que se desarrolló en el siglo XV, que tuvo un origen laico y que fue parte de otro más amplio: el Renacimiento. Además del desmoronamiento de la concepción medieval del mundo, supuso una nueva visión del hombre como centro del universo y una nueva valoración del arte clásico. Significó, también, un nuevo modo de pensar, porque la preocupación de un humanista era poder explicar cosas esenciales, y decirlas de manera que todos pudieran entenderlas, de una forma clara, bella y elegante, en contraposición al doctor escolástico que planteaba cuestiones abstrusas o vanas, y las exponía con una jerga llena de tecnicismos. Pero ¿cómo llegaba uno a ser un humanista? Durante el *quattrocento*, con el término "humanista" se



*Petrarca, el gran precursor del Humanismo.*

designaba a los estudiosos de los llamados *studia humanitatis*. Dicha expresión aparece en el discurso conocido como *Pro Archia* que Cicerón pronunció en defensa del derecho a la ciudadanía romana del poeta Arquias. El alegato de Cicerón era, en realidad, una elocuente reivindicación de la utilidad social de la poesía y había sido descubierto por Petrarca en la biblioteca de la catedral de Lieja. Aunque él copió la expresión comentada, fueron otros quienes después la divulgaron. Pues bien, estos *studia humanitatis* abarcaban cinco imprescindibles disciplinas, a saber: poesía, gramática, retórica, historia y moral. Un humanista era, por tanto, un estudioso en humanidades de quien no podía ponerse en duda sus conocimientos en estas cinco materias. Pues bien, en todas ellas descoló Carlos. Precisemos algunos de sus logros.

Como futuro rey de Navarra, Carlos recibió una esmerada educación. Fue amante del estudio, y también un gran aficionado a la música, que componía él mismo y que interpretaba tocando la vihuela, la guitarra o el arpa. Dominaba varios idiomas: castellano, francés, latín, provenzal, catalán, probablemente llegó a aprender italiano y algo de griego. Una evidencia de su erudición la constituye el inventario que, después de morir, se hizo de su biblioteca. Contenía obras de teología, historia, filosofía y literatura antigua y medieval, libros de historia eclesiástica, novelas de aventuras escritas en francés, en catalán y en provenzal, y también había libros de poesía italiana.

Carlos fue lector de Tomás de Aquino, Demóstenes, Aristóteles Cicerón, Seneca, Quintiliano, Boecio, Esopo, Plutarco, Tito Livio, Tácito, Valerio Máximo o Justino, por citar solo algunos. Su vínculo matrimonial con Agnès de Clèves trajo al reino de Navarra las modas de Borgoña, que era la corte más famosa de Occidente por sus lujos y sus fiestas, pero seguramente también muchos libros. Hasta el final de su vida, la relación del príncipe con los libros fue siempre intensa. Durante su exilio, por ejemplo, mandó hacerlos: en Nápoles encomendó una traducción de la *Vida de Alejandro Magno* de Quinto Curcio, que al final no prosperó. Pero también ordenó comprarlos: por ejemplo en Sicilia, donde se interesó por la biblioteca del abad del monasterio de San Plácido, próximo a Mesina. Como en el caso anterior, la adquisición que Carlos anhelaba de esos quince libros de oradores y poetas no llegó a prosperar por dificultades surgidas para obtener una licencia pontificia. Y más tarde, cuando Carlos llega a Mallorca, el palacio real fue acondicionado para

instalar adecuadamente su biblioteca, que viajaba siempre con él. Desgraciadamente, esta se desmembró con su muerte. Los albaceas pusieron a la venta aquellos volúmenes con objeto de saldar sus deudas. Pero además de comprar libros, ordenar hacerlos y atesorarlos, Carlos los escribió. Así comienza el prólogo una de sus más célebres obras: la *Crónica de los Reyes de Navarra*:

*En el anyno del nascimiento de Nuestro Señor Ihesu Christo de mil CCCC L IIII annos, nos, el príncipe don Karlos IIII propietario e natural Sennor del regno de Navarra, compusimos la presente corónica de los Reyes de Navarra, nuestros antecessores, cuyas ánimas en la eternal paz del universal Creador reposen, amen.*

Carlos compiló la historia de Navarra, a semejanza de las que existían en otros reinos de la península (la *Crónica de San Juan de la Peña*, en Aragón; la *Crónica General*, en Castilla). Lo hizo, y esto es lo importante, con un método moderno, como propugnaba el incipiente humanismo. Prescindió de leyendas y de relatos míticos, y basó su estudio en datos veraces, en fuentes fidedignas y en una buena selección de documentos.

Si como historiador la tarea de Carlos fue notable, no le va a la zaga su trabajo como traductor. Sí, porque Carlos tradujo la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles. La ocasión se le presenta en Italia. El príncipe se dirige a Nápoles, donde reina su querido y admirado tío, el rey Alfonso V el Magnánimo, que simpatiza con la causa de su sobrino. Carlos vive en la corte de este monarca renacentista rodeado de músicos y trovadores, puede allí cultivar sus aficiones y talentos, y relacionarse con algunos de los más destacados humanistas italianos de entonces. Hizo amistad con el poeta e historiador Giovanni Pontano, que le dedicó uno de sus libros; y con Angelo Decembrio, que posteriormente acompañará al príncipe en calidad de bibliotecario; y con Teodoro Gaza, y con otros muchos. Menos probable, según los historiadores, parece su legendario encuentro con el vate valenciano Ausiàs March, representado en el magnífico óleo de Julio Cebrían y Mezquita que podemos ver en el Museo del Prado. Por aquella espléndida corte napolitana pasan también importantes poetas de la península: Juanot Martorell, Perot Juan, Hugo de Urries, Joan Fogassot, Joan Rois de Corella o Pere Torroella. Pues bien, al poco tiempo de instalarse en la corte napolitana, comenzó la traducción al castellano de la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles a partir de la versión latina realizada por el humanista, historiador y político italiano Leonardo Bruni, obra



*Éticas de Aristóteles*  
(Londres, British Library ms. Add. 21.120, fol. 121r).





*Éticas de Aristóteles*  
(Londres, British Library, ms. Add. 21.120, fol. 1r).

que dedica al rey Alfonso V de Aragón, quien a su juicio reúne todas las virtudes que el filósofo menciona en su libro.

*Assí que, señor muy virtuoso, ésta es propia scriptura para vos, no porque de doctrina sirua, saluo de espejo en el qual vuestros actos vereys.*

La traducción del príncipe se distingue porque, por vez primera, se vierte íntegramente al castellano el texto aristotélico. También se distingue porque que Carlos añadió unas glosas, insertadas en los márgenes del libro, con la intención de aclarar el significado de pasajes oscuros y conceptos complejos, de sintetizar ideas del filósofo, de precisar cuestiones terminológicas y de facilitar el manejo de la obra mediante referencias que indicaban nociones expuestas con anterioridad o que iban a aparecer más adelante. Incluso, en algunas ocasiones, Carlos expresa su discrepancia ante ciertas tesis de Aristóteles. Pero, a diferencia de las glosas medievales, las de Carlos respetan siempre el texto original, no se mezclan con él. Este es un signo inequívoco del humanismo: la traducción fidedigna de los textos clásicos. En efecto, los textos de la antigüedad estaban adulterados por la oscurantismo de los copistas medievales, y es ahora el humanista el que, como conocedor de lenguas antiguas, los rescata, los lee, el que comprende cabalmente su sentido y los traduce, y el que pretende, luego, divulgarlos entre la gente porque opina que estos textos poseen la máxima perfección. Las traduccio-

nes escolásticas condensaban en una sola oración muchas frases, o suprimían otras a favor de la brevedad, modificando así el contenido o dificultando su comprensión. Al hombre medieval solo le interesaba hacer encajar el texto clásico con sus creencias religiosas.

Traer al verdadero Aristóteles era, pues, importante para los humanistas, porque en su *Ética* uno podía encontrar una guía para el propio comportamiento. Frente al interés meramente teológico de los escolásticos, para los humanistas el conocimiento de los textos clásicos tenía un interés práctico. Pero ¿qué otra utilidad podía tener para Carlos traducir la *ética* de Aristóteles? ¿Y qué podía reportarle a Alfonso el Magnánimo la dedicatoria de la traducción hecha por su sobrino, el príncipe de Viana? No pocas cosas. Si el Magnánimo se rodeó en su corte napolitana de algunos de los más ilustres humanistas italianos y españoles, y fue con ellos extraordinariamente generoso, es porque, de ese modo, creaba alrededor de su figura una aureola de fama, de reputación, de sabiduría, que oscurecía cualquier crítica, cualquier opinión en contra de su legitimidad como rey de Aragón y de Nápoles. El humanismo no solo era una escuela de erudición; era un instrumento político al servicio de los grandes señores. A la pregunta de ¿qué podía reportarle al Magnánimo la traducción del Príncipe de Viana?, la respuesta es: prestigio, un prestigio que Alfonso buscaba denodadamente. Y, a la inversa, ¿qué podía reportarle al Príncipe de Viana haberle dedicado la traducción a su tío? Un aliado, un aliado poderoso en su reclamación, un aliado que además era el hermano mayor de su padre, un aliado con autoridad no solo moral sino también familiar.

Después de la traducción del texto de Aristóteles, Carlos escribiría la *Epístola a todos los valientes letrados de España*. El príncipe es, asimismo, autor de otras obras: *Lamentación y planimiento por la muerte del rey Alfonso V de Aragón*; *Milagros* y *Fundación de San Miguel in Excelsis*. Se le atribuye también las traducciones del tratado *De nobilitate* y dos anónimas versiones de la *Economía* y la *Política* de Aristóteles.

Por otro lado, el príncipe heredó de su abuelo, Carlos III, y de su madre, la costumbre de ser patrocinador de poetas en la corte. El generoso mecenazgo que ejerció siempre con juglares y músicos, atrajo a la alegre y literaria corte de Navarra a muchos artistas que llegaron de diversas partes de Europa: a los franceses Simón y Pedro del Puy, García Sury, Burcassot, Petit Juan y Hanequín de Malines; y a los ingleses Thomas Ludello y Juan de Oldfield, conocido en la corte como Juan de Londres. A esta lista habría

que añadir los nombres de poetas oriundos como Sancho de Echalecu, descendiente de una estirpe de juglares que habían servido ya a otros monarcas navarros, pero también, Juan de Ursúa, Juan Sabarín, Guillermo Arnaldo de Ursúa o Francón de Bresa. De los juglares de la corte de Carlos, que no eran los mismos que los de su padre, no se han conservado sus obras. Probablemente cayeron en desgracia junto a su benefactor. Solo se han conservado las obras de los juglares directamente al servicio de Juan II. Poemas de estos poetas se encuentran en el conocido "Cancionero de Herberay", que es el primer cancionero plenamente español, según algunos filólogos, porque en sus folios desfilan por primera vez autores de todos los rincones de la península. Merece ser señalado el siguiente hecho: los poetas cortesanos que aparecen en dicho cancionero siguieron recibiendo, pese al enfrentamiento entre el padre y el hijo, regalos y privilegios tanto de uno como de otro. Sus nombres son: Diego de Sevilla, los hermanos Juan y Francisco de Villalpando, Juan de Valladolid, Mosén Pero Vaca, Diego Gómez de Sandoval, Juan de Mazuela, Francisco Bocanegra, el doncel Gregorio, Gonzalo de Ávila, García de Padilla, Hugo de Hurriés y, muy especialmente Pere Torroella, juglar que había entrado en la corte navarra siendo casi un adolescente y que fue escudero de Carlos durante toda su vida. A él le debemos, por ejemplo, la elegía por la muerte de la esposa del príncipe, la famosa *Complaynta sobre la muerte de donya Ynés de Cleves*, en una de cuyas partes, dirigiéndose al príncipe, le dice:

*Doleos pues, virtuoso príncipe, e como poseedor de tan singular dono desposeído, sin speranza de recobrar, e desolado d'una compañía tanto a vuestros plazerres dispuesta, a vuestras condiciones conforme e a vuestro bien convenible. No comunas, mas estranyas e nuevas lamentaciones seguit, ca por cierto en comparación del danyo, qualquiere sentimiento menor que muerte es pequenyo.*

La diosa Fortuna malquiso a nuestro príncipe y salvó muy poco de su obra poética. Nos quedan únicamente algunas de breves piezas y algunos retazos de poemas, insuficientes para valorar la calidad que atesoraban. No es improbable que Carlos fuera lírico de gran talla. De su amor por la poesía tenemos, sin embargo, pruebas bastantes. Por ejemplo, en una glosa de su *Ética a Nicómaco* advertimos, además de su pericia como traductor y exégeta de Aristóteles, su amor por la poesía. Es aquella en la que, para aclarar lo que el estagirita afirma en relación a la amistad, el príncipe incluye unos versos propios. La glosa y la cuarteta son estas:



Retrato de Príncipe de Viana. Vidriera de la Capilla Real de Santa Ágata de Barcelona. Jorge Müller, 1858.

*Ca entonce prueua el amor ser verdadero y perfecto como dize mi canción.  
La fe según mi concepto  
es sin la vista creer  
assi bien l'amor perfecto  
es en ausencia más querer.*

También sabemos que al príncipe le gustaba el debate epistolar. Tal vez conociera la obra del rey navarro, además de poeta y músico, Teobaldo I el Trovador, que durante la primera mitad del siglo XIII había cultivado este género, y es probable que Carlos quisiera emularle. No lo sabemos, pero, sea como fuere, conservamos los debates, muchos de ellos versificados, que el príncipe mantuvo con el poeta Diego de Castro y, sobre todo, con el valenciano Joan Roís de Corella. En el más extenso de estos debates, que en realidad no eran más que juegos de oratoria basados en preguntas y respuestas, ambos se plantean la vieja cuestión de qué es preferible, si amar o ser amado, mediante el siguiente dilema. Un hombre naufraga con dos damas, de las cuales solo puede salvar a una. ¿Deberá escoger a aquella a la que él ama aunque esta no le corresponde, o a aquella que lo ama a él pero cuyo amor no comparte? ¿Qué haría su interlocutor: salvar a la que él amaba sin ser correspondido o a la que lo amaba a él pese a que él no sentía lo mismo? ¿Optará por la primera, que se identifica con la pasión, o por la segunda, que lo hace con la





Joan Roís de Corella.

razón? La pregunta no es más que una excusa para desarrollar un complejo razonamiento. El Príncipe exhibe su sólida formación en retórica, su maestría en el manejo de los argumentos al demostrar que es mejor conservar a la mujer que lo ama a uno que no a la amada por uno, es decir, al defender la prioridad de la razón sobre la pasión. Roís de Corella pregunta en catalán y Carlos contesta en castellano, y hasta en tres ocasiones se interpelan uno al otro y discuten, ora en prosa, ora en verso, mostrando los dos su destreza dialéctica.

Me gustaría destacar tres aspectos más que hacen resaltar el perfil humanista del príncipe. Primero: el humanismo no se redujo a ser un simple movimiento intelectual. Fue también un estilo de comportarse en la vida, supuso una dulzura en el hablar, una nobleza en los sentimientos y en las costumbres, un refinamiento en los modales, aspecto todos en los que Carlos siempre destacó. Quienes lo conocieron en vida afirmaron que la elegancia, la prudencia, la moderación y la mansedumbre fueron características de este hombre al que, a pesar de las muchas injusticias que tuvo que soportar en vida, se le conoce un único arrebató de ira. Ocurrió poco antes de su muerte. Carlos ha entrado triunfante de Barcelona y su padre, Juan II envía a un mensajero, un tal Antonio Nogueiras, que se presenta ante el príncipe para indicarle al príncipe que las gestiones de su enlace matrimonial con Isabel de Castilla han quedado paralizadas. Este Nogueiras era el hombre que años antes, en la cárcel de Zaragoza, ha-

bía tomado declaración al príncipe y le había imputado los delitos que sirvieron para encarcelarlo. Pues bien, nada más verlo, el príncipe dijo:

*“Maravillado estoy, Nogueiras, de dos cosas: una de que el Rey mi señor no haya escogido persona más grata que vos para enviarme, y otra de que vos hayáis tenido osadía de poneros en mi presencia. ¿No os acordáis ya de que estando preso en Zaragoza, tuvisteis el atrevimiento de venir con papel y tinta a examinarme y a entender por vos mismo que yo depusiese sobre las maldades que entonces me fueron levantadas? Quiero que sepáis que jamás me acuerdo de este paso sin dejarme arrebatar de la ira; y sed cierto que si no fuera por guardar reverencia al Rey mi señor, de cuya parte venís, yo os hiciera salir sin la lengua con que me preguntasteis y sin la mano con que lo escribisteis. No me pongáis pues en tentación de más enojo: yo os ruego y mando que os vayáis de aquí, porque mis ojos se alteran al ver un hombre que tales maldades pudo levantarme.”*

Segundo: Italia fue la cuna del renacimiento, pero también España participó de aquel movimiento porque la presencia española en aquellas tierras fue una constante durante varios siglos y difícilmente los españoles hubieran podido desentenderse de algo que estaba ocurriendo en su territorio. Tanto es así que en las cortes españolas se puso de moda tener un maestro de humanidades, a ser posible italiano. Pues, bien, eso es lo que Carlos hizo cuando regresó de su exilio a la península: se trajo consigo a varios humanistas italianos. Sabemos que el humanista Angelo Decembrio fue amigo personal del Príncipe y que, muerto el Magnánimo, se trasladó a Barcelona a petición del príncipe en calidad de preceptor en humanidades y bibliotecario. Y en 1461, el año de su muerte, el príncipe solicitó al humanista griego Teodoro Gaza, que había pertenecido también a la corte de Alfonso V, que acudiera desde Roma a Barcelona para darle clases de griego y efectuar así varias traducciones para su biblioteca. Y tercero y más importante: el Humanismo es laico, surge de la aristocracia. Los señores, los príncipes y monarcas son los que impulsaron esta nueva corriente de pensamiento, son ellos los que difundieron el gusto por la antigüedad, los que crearon bibliotecas con las obras de los grandes autores grecolatinos, los que protegieron las artes y las letras, los que llevaron a la corte a los gramáticos, poetas, músicos, pintores, para amenizar las fiestas y para dar satisfacción a sus gustos y a su sensibilidad estética. Con la llegada del humanismo renacentista, el príncipe ideal no es ya el guerrero de la edad



*Filósofos humanistas. Fresco Zacarías de Ghirlandaio, en Santa Maria Novella (Florencia).*

el sentido estricto de la palabra, sino meros aficionados a él o divulgadores del mismo. Para el verdadero hombre humanista, como lo fue Carlos, la práctica del humanismo era algo más que un mero pasatiempo cortesano. Era preciso saber lenguas clásicas para poder interpretar cabalmente los textos; era necesario un cierto grado de dedicación a las cinco disciplinas humanísticas (poesía, gramática, retórica, historia y moral); y era imprescindible haber aportado finalmente alguna obra en relación a estas materias. A pesar de la brevedad de su vida y del escaso tiempo que le dejó el ejercicio de sus tareas como gobernante, sus logros intelectuales y artísticos no fueron pocos. Por su destreza literaria, por sus conocimientos filológicos, por su erudición histórica y su sabiduría moral, Carlos es, de pleno derecho, un príncipe humanista.

**PRE  
GON**

duría moral, Carlos es, de pleno derecho, un príncipe humanista.



*Supuesto retrato de Príncipe de Viana. Antigua Colección Escudero de Corella. Tabla de 178 x 110 cm.*

media, sino un hombre que sabe manejar, además de la espada, la pluma. Todo esto es algo en lo que despuntó nuestro príncipe.

Ciertamente, en los albores del siglo XV, hubo monarcas coetáneos de Carlos que, como él, destacaron por su sensibilidad hacia la cultura. Su propio padre es ejemplo de ello: aunque Juan II fue un hombre belicoso, supo rodearse en la corte de Navarra de un exquisito ambiente literario. Y su tío Alfonso V el Magnánimo impulsó el humanismo entre italianos y españoles, y fue un gran mecenas de todo tipo de artistas en su espléndida corte, admirada en toda Europa. De su primo, Alfonso V de Portugal, conocemos que amaba los libros y que fue el autor de un perdido ensayo militar. Escritores fueron también el rey francés René d'Anjou, autor del conocido *Libro del Corazón de amor prendido*, y Pedro de Portugal, que escribió la ficción sentimental titulada *Sátira de infelice e felice vida*.

No obstante, la singularidad del Príncipe de Viana estriba en que los talentos de todos estos reyes se concitan en una única persona. Carlos fue, además de príncipe, políglota, erudito, bibliófilo, mecenas de artistas, músico, prosista, promotor de la cultura entre los reinos de la península, historiador, traductor de filosofía e intérprete de filósofos, amigo de poetas y él mismo poeta también. Todos los monarcas anteriores, así como muchos otros señores de aquella época, favorecieron la introducción y el desarrollo del humanismo; pero salvo contadas excepciones, entre las cuales hay que señalar al Príncipe de Viana, no fueron ellos mismos humanistas en